

ODA 1.

Á ASINIO POLIÓN.

Motum ex Metello consule civicum,

¡Polión insigne, que del triste reo
 Atiendes al deseo
 Y al de la Curia si eres consultado,
 Á quién el lauro tierno
 Ciñó de honor eterno
 Por el triunfo dalmático logrado!

Una empresa acometes peligrosa
 A la par que azarosa;
 Y que fácil tu planta se desliza
 No ves irreflexivo,
 Sobre del fuego vivo
 Que te encubre engañosa la ceniza,

Al enarrar desde que fué Metelo
 Cónsul, de aqueste suelo
 Las revueltas civiles, de la guerra
 Las causas, y los vicios
 Y los nada propicios
 Cambios con que la suerte nos aterra,

Las nuevas amistades peligrosas
De príncipes y odiosas,
Y el arma reluciente y fratricida
Que mírase manchada
Con sangre aun no expiada
Y en líneo débil clavo suspendida.

Mas, deje un poco la severa musa
Trágica sin excusa
El teatro. á que habrá de volver luego
Que hubieres del Estado
Las cosas arreglado
Y el cargo asumas y el coturno griego:

Siento ahora que atruenas mis oídos
Con minaces sonidos
De bocinas recurvas y el estruendo
De trompetas sonoras,
Y de armas brilladoras
El siniestro fulgor que susto horrendo

Al caballo fugaz que se encabrita
Produce y la marchita
Faz del équite alumbra y descompone;
Y á los grandes caudillos
Que me parece oillos
Á quien honroso polvo obscuros pone;

Y á la universal tierra sojuzgada,
Menos el alma alzada
De Catón invencible. Airada Juno
Enemiga y cualquiera
De los dioses que fuera
El protector del africano bruno,

Inulta aquella tierra abandonaron
Ínvitos y entregaron
Á su saña, de antiguos vencedores
Cual víctima á los nietos
Que inmolaron discretos
De Yugurta á los manes vengadores.

¿Cuál campo hoy más fecundo no germina
Con la sangre latina
Regado? de los montes ¿cuál no atesta
Las batallas impías
Con tantas huesas frías?
Y cuál no resonó la voz funesta

Por el medo escuchada, que pronuncia
Y al universo anuncia
La ruina de la Italia? cuáles lagos
O qué salvajes ríos
Rápidos ó sin bríos
Ignoran de la guerra los estragos?

¿La color de qué mares no cambiaron
Y en púrpura trocaron
De los ítalos tristes las matanzas?
Y nuestra sangre rica
¿Qué playas no salpica
Testigos de tan miserables mudanzas?

Calla, musa procaz, torna á tu empleo:
De Simónides ceo
Deja el duro cantar. Sobre el tomillo
En la diónea gruta
De dulce paz disfruta
Un plectro meneando más sencillo.

ODA II.

Á CRISPO SALUSTIO.

Nullus argento color est avaris

Crispo Salustio, del metal que esconden
Las viles tierras, enemigo, el uso
Recto á la plata, que color no tiene,
Fúlgida torna.

De Proculeyo vivirá por siglos
Largos el nombre conocido, porque
Á sus hermanos protegió cual padre
Próvido y tierno.

Ágil la fama que por siempre vive
Ha de llevarle á singular altura
Con firme vuelo sin temer que un día
Súbito falte.

Mayor el reino, que si á Libia extrema
Con Cádiz juntas y las dos Cartagos
Te están sujetas, te será, si domas
Tu ávido instinto.

Crece indulgente para sí la dura
Hidropesía, ni la sed se extingue
Si el mal no deja y el humor acuoso
Pálido al cuerpo.

No el de la plebe, su dictamen propio
La virtud sigue, en verdad no cuenta
En el de aquellos que llamó felices
Número escaso

Á Fraatés, que al solio que de Ciro
Fué retornara; y desenseña al pueblo
De aquellas que antes como sabias tuvo
Pérfidas frases,

El reino dando y la diadema firme
Y el lauro propio al que insensible pasa
De oro entre acervos sin que en ellos clave
Ínvido el ojo.



ODA III.

Á DELIO

Aequam memento rebus in arduis

¡Oh Delio, condenado
Como todo nacido á muerte cierta,
Igual y sosegado
El espíritu, acierta
Siempre discreto á conservar, despierta!

Así en las arduas cosas
 Que suele presentar la suerte impía
 Como en las venturosas,
 Refrena la osadía
 De insolente y efímera alegría:

Ora apures la copa
 Del padecer, el tiempo de la vida;
 Ora con viento en popa
 Sobre la verdecida
 Grama tenaz de margen escondida,

Tranquilo, reclinado
 Los días pases de mayores fiestas
 Mirando de buen grado
 Las notas sobrepuestas
 Del falerno en las cántaras repuestas,

En donde hirsuto pino
 Y el haya prócer tienden su ramaje
 Y ofrecen de contino
 En dulce maridaje
 Sombra, frescor y tácito hospedaje;

En donde fugitiva
 Trepida el agua de ávido riachuelo,
 Que retuerce y aviva
 El paso con anhelo
 Entre la hierba, retratando el cielo.

- Á este lugar el vino
 Y ungüentos lleva y las amenas flores
 Del rosal peregrino,
 Que ostentan sus primores
 Y mueren de la vida en los albores;

Mientras la instable suerte
 Lo tolera y la edad que nunca pára
 Y el triple nada fuerte
 Negro hilo que prepara
 La deidad triple á que el Erebo ampara.

Te alejarás, no hay duda,
 De los bosques comprados, de la casa,
 De la villa greñuda,
 Que de un lado á otro pasa
 Del flavo Tíber la corriente crasa;

Y el odiado heredero
 Abarcará gozoso y diligente
 Los bienes por entero;
 Aunque seas pudiente
 Y del antiguo Inaco descendiente,

O pobre, miserable.
 De la ínfima extracción y al raso vivas,
 Del Orco inexorable
 Verás las fugitivas
 Aguas entre las víctimas votivas;

Que todos circuídos
 Por él estamos: nuestra suerte rueda
 En la urna donde olvidos
 No caben, ni hay vereda
 Por do escapar y donde nadie queda.

Más tarde ó más temprano
 Ese destino embárcanos superno
 En el esquife vano
 De Caronte, que alterno
 Ha de llevarnos al destierro eterno.

ODA IV.

Á JANTIA.

Ne sit ancillae tibi amor pudori,

Nunca te afrentes, Jantia, por tu origen
Del limpio amor de pobrecilla esclava,
Que de Brisea se prendó mucho antes
Tésalo Aquiles.

Y antes movió, de Telemón nacido
Á Ajax el rudo, la sin par cautiva
Tecmesa, á su amo, con su hechizo y noble
Plácida forma.

De Atreo el hijo, de la fama en medio
Que daba el triunfo al vencedor glorioso,
Cuando postradas en la tierra fueron
Bárbaras turbas,

Cuando arrancado de entre vivos Héctor
Y se entregaban los iliacos muros
Á los soldados, á Casandra bella
Lúbrico rapta.

¿Sabes acaso si de Fili rubia,
Á ti su yerno, los dichosos padres,
Honra cumplida, sin igual decoro,
Máximo ofrezcan?

De claros reyes su feliz prosapia
Es, no lo dudes, con razón se queja
É inconsoleable sus inicuos hados
Mísera llora.

Ella, créeme, no por ti escogida
Fué para esposa de entre impura plebe,
Ni era creíble que jamás naciera
De ímproba madre

Una tan fiel y tan contraria al lucro.
Su rostro, brazos, el conjunto entero,
Su talie listo de ciprés gallardo,
Íntegro elogio.

No sospechosa la alabanza juzgues
De quien ya en breve cerrará el octavo
Lustro y para ello á apresurarse empieza
Rápido el tiempo.



ODA V.

Nondum subacta ferre fugum valet

No puede la cerviz que aun no se humilla
De tu fusca novilla
El yugo soportar, ni tiene fuerza
Para arar con el toro
Y teme con pavor un deterioro,
En caso que éste su derecho ejerza.

Quiere ahora los gramosos prados:
Ya de los sosegados
Arroyuelos pisar la húmida alfombra
De alba menuda arena,
Y calmar el anhélito, la pena
Que le trae el calor, bajo la sombra;

Ya retozar con ágiles novillos,
Violetas y tomillos
Quebrantando al correr, con grave planta,
Y llena de alegría
Meditar que en vigor y lozanía
A sus iguales todos se adelanta.

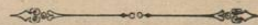
Refrena el apetito que te muerde
De la uva coger verde:
Ya Otoño te dará gratos racimos,
Lívidos y morados

Los unos y los otros nacarados
Distintos en color, todos opimos.

¡Ella te seguirá sin que la llares
(Pues los años infames
Quitán á ti la edad que danle á ella!)
Ya, ia de torva frente,
Un esposo, Lalage, diligente
Buscará más que Clori y Foloë, bella.

Su hombro blanco así brilla, cual la luna
De noche en la laguna
Y en el piélagó insomne, plateada
Riela y triste y pura.
Del Guidio Gyges la gentil figura
Le es inferior por todos celebrada:

Y al que, si de doncellas en el coro
Interpusieras, de oro
Y ungida la flotante cabellera,
Por su ambiguo semblante,
Entiendo que ni huésped, ni danzante
El noble sexo distinguir pudiera.



ODA VI.

À SEPTIMIO.

Septimi, Gades aditure mecum et

Caro Septimio, que á la occidua Cádiz
 Connigo irías y á Cantabria indócil
 Que nuestro yugo de la libre frente
 Brava sacude;

Que á las temidas y remotas sirtes
 De Berbería en la africana orilla
 Connigo irías donde eternas hierven
 Líbicas ondas;

Tíbur fundado por colono griego
 ¡Ojalá sea mi postrer asilo,
 Y de mis ansias, viajes y milicia
 Término sea!

Donde si acaso las inicuas Parcas
 Morar me vedan, al Galeso río
 Iré delicia de la grey que lleva
 Dúplices pieles;

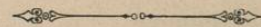
É iré á las selvas y feraz campiña
 Donde reinaban en edad remota

Los laoconios, su gentil caudillo
 Siendo Falanto,

Rincón ninguno de la tierra vasta
 Me ríe tanto, do la miel no cede
 À la de Himeto, do venció á Venafro
 Pingüe la oliva;

Donde Favonio primaveras largas
 È inviernos tibios generoso ofrece;
 De Baco amigo, donde Aulón, no envidia
 Uvas falernas.

Aquel alcázar y lugar dichoso
 À entrambos llaman; con debido llanto
 Do la favila de tu amigo el vate
 Cálida riegues.



ODA VII.
 Á POMPEYO.

○ saepe mecum tempus in ultimum

Oh Pompeyo, el más caro
 De mis caros antiguos compañeros,
 Con quien no era raro
 Quebrar los no ligeros,
 Tibios días en ocios placenteros,

Libando hasta el delirio
 Sabroso vino, lúcido el cabello,
 (Untado del asirio
 Del malobatro bello)
 Al que fresca guirnalda pone el sello;

Á menudo conmigo
 De todo lance al último llevado,
 Cuando para su abrigo
 Cual jefe le fué dado
 Al ejército Bruto fortunado:

¿Quién, ilustre Quirite,
 Quién magnánimo diónos tal consuelo?
 Que lo inquiera permite:
 ¿Quién te volvió del suelo
 Patrio á los dioses é italiano cielo?

Contigo y á tu lado
 Fuí en Filipos, de donde en celerada
 Fuga, el broquel dejado,
 Salí con honra ajada
 Al verse nuestra fuerza quebrantada,

Y nuestros jefes bravos
 Con la barba sellar la torpe tierra.
 Á mí de nimbos flavos
 En medio, el de la guerra
 Dios Mercurio solícito me encierra,

Pese á los enemigos;
 Á ti la ola absórbete de nuevo
 Y á mares nada amigos
 Y hervorosos, mancebo,
 Llévate insana de otros en relevo.

Á Júpiter le paga
 El banquete por voto prometido:
 De mi laurel que embriaga
 Con olor bien sabido
 De lado á descansar al pie tendido

Ven; y de tu milicia
 No más te acuerdes larga y fatigosa;
 Ni dejes sin caricia
 La taza, que officiosa
 Mi mano para ti llenó, espumosa.

Llena las copas, llena
 Las lisas copas del masico añoso
 Que borra toda pena;
 Vierte unguento precioso
 De las conchas que guárdanse en reposo.

¿Quién de hacer las guirnaldas
Se cuida de apio y arrayán cogido
Aun mojado, en las faldas
Del collado florido?
¿Y quién será por Venus escogido

Para rey del banquete?
Beberé con la misma destemplanza
Que al edono compete.
¡Beba pues, sin tardanza
El que á un amigo recibir alcanza!

ODA VIII.

À BARINA.

Ulla si iuris tibi pelerati.

Si del perjurio reportaras daño
Porque llevaras diente negrecido,
Barina, ó en la uña si tuvieras mancha,
Crédulo fuera.

Mas, con falsía prometerte sueles
Y luego juras y más que antes brillas;
Y te revela la afición de incautos
Jóvenes tiernos.

À las cenizas de tu madre frías,
À puros astros que en el cielo ruedan
Y aun á los dioses que inmortales viven
Pérfida engañas.

La misma Venus que te escucha ríe;
Ríen las ninfas y el feroz Cupido
Que en piedra roja la saeta ardiente
Férvido aguza.

Es para ti la juventud que hoy crece
De servidores lúcida falange;
Y de su impía soberana el techo
Miseros guardan

Los anteriores. Por sus hijos temen
À ti las madres, el vetusto avaro
Por su caudal, y la casada nueva
Mágica tu aura.

ODA IX.

À VOLGIO.

Non semper imbres nubibus hispidos.

No siempre, Volgio amigo,
Envía sobre campos erizados
Y en crudo desabrigo
Grata lluvia el nublado,
Ni siempre al Caspio azota el cierzo airado.

Y no en los meses todos
Del Armenia á la costa el hielo inerte
Oprime; en períodos
El Aquilón convierte
Al roble en esqueleto ó le da muerte.

Mas tú al quitado Misté
Urges siempre con flébiles cantares,
Ya siga Héspero triste
De ocaso en los aduares
Al sol, ya le huya en los titonos mares.

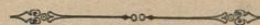
Recuerda que el anciano
Que tres edades habitó en el suelo,
No alimentó inhumano
De por vida su duelo
Por Antílico, todo su consuelo;

Ni sus padres queridos
De Troilón lloraron la temprana
Vil muerte con gemidos
Eternos, ni la hermana
Griega exhaló por siempre queja vana.

Deja ya de lamentos
Aunque blandos, por causas tan longevas;
Unamos los acentos
Por más que no te atrevas,
Y ambos cantemos las victorias nuevas

De Augusto César fuerte,
Y al río Eufrates y al Nifate helado,
Por la contraria suerte
Hoy aqueste agregado,
Cual lo fué el otro, al mundo subyugado

Y que en señal de duelo
Sus turbias aguas lánguido voltea;
Y cómo en pobre suelo
El gelono campea
Y en exiguas praderas galopea.



ODA X.

À LICINIO.

Rectius vives Licini, neque altum

Mejor, Licinio, vivirás si el dorso
Del mar no oprimes, ni temiendo cauto
Procela ruda, la arriesgada orilla
Nimio frecuentes.

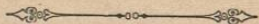
Seguro evita quien amó la dulce
Mediocre vida, del vetusto techo
El desaliño, y envidiado alcázar
Sobrio desdeña.

Más por el Noto se miró batido
El pino alzado, con mayor estruendo
Las torres ceden, y al excelso monte
Hieren los rayos.

En la desgracia la fortuna espera,
Y en la fortuna la desgracia teme
Juicioso el hombre: al deformante Invierno
Jove reduce

Y él mismo aleja. Si hoy te oprime el duelo
No ha de ser siempre; ya con blanda lira
Despierta Apolo á la callada musa,
Tiende ya el arco.

En los pesares animoso y fuerte
Mostrarte debes; y tú mismo, sabio
La vela acorta, si te soplan suaves
Vientos dichosos.



ODA XI.

Á QUINTO HIRPINO.

Quid bellicosus Cantaber, et Scythes,

Deja por tu alma, deja caro Hirpino
De pensar de continuo
Qué es lo que fragüe el cántabro guerrero,
Ni qué el bárbaro escita,
Cuyo arrojo limita
Cual barrera el Adriático severo.

Ni tremas porque miras azorado
Lo que hayas acopiado
Para el uso, que el tiempo llega y pasa:
Si nunca se aposenta,
Con poco se contenta
En vida tan inestable como escasa.

La leve juventud huye y se esconde,
Sin que adivines donde,
Con la hermosura; y la vejez sedienta
Al dulce amor risueño
Y al pronto fácil sueño
Con su anheloso respirar ahuyenta.

No siempre ostentan las vernaes flores
Unos mismos colores,
Ni tan solo una faz mostró la luna.
¿Por qué, dime, indiscreto
El eterno secreto
Escarbas con labor nada oportuna?

¿Por qué no de ese plátano vecino
Prócer, ó de este pino
Echados á la sombra deleitosa,
Nuestro cano cabello
Ungido con el bello
Zummo oleoso de purpúrea rosa,

Ó del asirio nardo con la esencia,
Por mientras la presencia
Del fiero mal nos deja, no bebemos?
Pues si Evio de buen grado
Se tiende á nuestro lado
Las roedoras penas no tememos.

¿Qué joven listo habrá que prontamente
 En la cercana fuente
 Los cántaros sumerja del falerno,
 Donde á la par que enfríe
 Á trechos los rocíe
 La linfa que huye con murmullo eterno?

¿Qué joven listo habrá que á Lyda esbelta
 Al par que desenvuelta
 Llame de casa?..... pronto, corre y mira
 Que atado en nudo bello
 Cual Lacena el cabello,
 Venga trayendo de marfil la lira.



ODA* XII.

Á MECENAS.

Nolis longa ferae bella Numantiae,

No por piedad pretendas
 Que de Numancia fiera las batallas,
 Ni del crüel Aníbal las contiendas
 Y púnicas murallas,
 Ni de Sicilia el lago
 Teñido con la sangre de Cartago,

Ni á los lapitas rudos,
 Ni al bebedor Hileo, ni al temido
 Escuadrón de terrígenas forzudos
 Por Hércules corrido
 Y que tuvo alarmada
 Del antiguo Saturno la morada,

Á la armonía suave
 De la cítara adapte, buen Mecenas:
 Tú en la historia dirás pedestre y grave
 Las bélicas escenas,
 Mejor y de buen grado,
 Del César, en estilo sublimado.

Y allí de los vencidos
 Reyes, describirás que van delante
 Llevados por la vía al carro uncidos,
 La faz amenazante,
 Pues que aun doblado el cuello
 Muestran del odio y del rencor el sello.

Excítame la musa
 Á cantar de Licynia mi señora,
 La blanda voz, armónica, difusa,
 La mirada incensora,
 De su pecho la llama
 Que tu leal amor de esposo inflama:

Y su danzar honesto,
 Su discreción, y su aire y bizarría
 En los círculos, donde el brazo enhiesto
 Ni á vírgenes confía,
 En la sacra mañana
 De las célebres fiestas de Diana.

¿Trocarás por ventura
De tu Licynia un rútilo cabello
De Aquemenes el rico por la hartura,
Ó por el oro, bálsamo y camello
De Frigia, ó por las prendas
Que acopia bronco el árabe en sus tiendas,

En aquellos instantes
En que se hurta ligera á tus caricias
Ó te aparta, cual suelen los amantes,
Con repulsas ficticias
Porque anhela en la esencia
Víctima aparecer de la violencia?



ODA XIII.

CONTRA UN ÁRBOL QUE AL CAER
IBA Á OPRIMIR AL POETA.

Ille et nefasto te posuit die,

¡Árbol inútil, en nefasto día
Te sembró y con impía
Mano te cultivó, quienquiera él sea,
En daño de sus nietos
Y afrenta de los setos
Y para oprobio y ruina de mi aldea!

Creo yo que á su padre malhadado
La cerviz le ha cortado,
Y que de noche, con rencor inmenso,
De aposentos oscuros
Bañó los negros muros
Con sangre de su huésped indefenso.

De Colcos la ponzoña, cuanto alcanza
De crimen, de matanza,
De maldad, leño vil, la humana mente,
Manejó el que bravío
Te trajo al campo mío
Porque cayeras sobre mí inocente.

Por más que advierta el hombre, no hay prudencia
Que evite una emergencia
En cada hora: el navegante osado
Ante el Bósforo treme
Tan sólo y no más teme
La perniciosa ceguedad del hado.

Del parto que huye, la veloz saeta
Al militar inquieta;
Y teme el parto la cadena ingrata
Del italiano fuerte;
Mas, la improvisa muerte
Cauta llega y á todos arrebita.

¡Cuán cerca estuve, cuánto del sombrío
Estigio reino impío
De Proserpina, y de oír la sentencia
De Aeaco temerosa
Y de ver la dichosa
Mansión de los que guardan la inocencia!